

DISCURSO DE INCORPORACIÓN

**DISCURSO DE INCORPORACIÓN
DE DON GERMÁN CARRERA DAMAS
COMO INDIVIDUO DE NÚMERO
DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA**

Introducción

Me incorporo a esta Institución bajo los mejores auspicios.

Se realiza así la generosa determinación de un grupo de sus ilustres individuos de número con quienes participé en la reorientación, genuinamente académica, de la Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela, y con ello en la formación de profesionales, animados por una aspiración científico-humanística de la Historia. Con este generoso empeño ha marchado la buena disposición de otros ilustres académicos, también de lúcida vocación institucional y de acreditada obra. Vaya a todos ellos mi agradecimiento, y la promesa de sumarme a su empeño en enaltecer la Institución.

Antes de proseguir cumpliré un honroso, si bien doloroso, deber. Asumo el compromiso de suceder en el sillón que habré de ocupar a quien, con obligante instancia, me movió a aceptar las gestiones que acabo de mencionar. Me refiero al Doctor Rafael Armando Rojas, historiador vocacional de obrar ejemplar y caballero cabal. Vivas como están en mi memoria, sus palabras me reclaman reconocimiento y respaldan los propósitos institucionales que habrán de animarme.

A todos los aludidos, y al mencionado, dedico estas someras palabras de presentación.

Sobre la obra del académico Rafael Armando Rojas

Es de sano estilo, y no sólo un deber estatutario, expresar respeto por la personalidad del académico antecesor, y encomiar su obra. Mas, en el presente caso, estilo y deber se suman a un genuino sentimiento de aprecio personal; y a una valoración crítica, -para nada convencionalmente laudatoria, de la obra de Rafael Armando Rojas; si bien para cumplir ambos cometidos debo penetrar la discreción en la que autor y obra se mantuvieron envueltos.

No me extenderé en la valoración de la obra, diversa, y rica en contenidos e interpretaciones, que merecen detenida consideración. Me permitiré rendir homenaje al autor, como intelectual consciente de su compromiso de historiador, mediante la lectura de un pasaje que estimo escrito para todo tiempo, y en especial para nuestro presente. Refiriéndose a un intento tardío de resumir, en Colombia, las doctrinas de Jeremías Bentahm, escribió Rafael Armando Rojas:

...."Para nosotros, hombres del siglo XX, Bentham ya no cuenta para nada. Sus famosas teorías sobre el placer y el dolor, sus minuciosos análisis sobre la responsabilidad, se nos antojan curiosidades de museos, cadáveres de ideas que en un tiempo tal vez fueron semillas de nuevas inquietudes, pero que una vez cumplida su misión deben pegarse con alfileres en las muertas colecciones de los museos ideológicos. De todas maneras, la batalla benthamista librada durante largos años del siglo XIX en Colombia es una prueba de que había inquietud por las ideas, se conocían los libros de los escritores europeos y se buscaban nuevos rumbos al pensamiento. Estas disputas dejaron un saldo favorable en la historia de la cultura colombiana. Bentham, con sus discutibles y, si se quiere, erróneas teorías, contribuyó a plasmar el pensamiento de los grandes hombres de la época. Sus doctrinas no eran oráculos. Había plena libertad para discutir las. Al discutir las y rechazarlas una buena parte de los colombianos de entonces, Colombia comenzó a dar pruebas palpables de aquello que habría de constituir, en adelante, una de sus más puras glorias: no encadenarse a ninguna idea, sino dejar el campo abierto a todas ellas. Las ideas no se imponen, se discuten. Colombia no toleró la imposición de una doctrina que se pretendía meter en la opinión por obra y gracia de decretos oficiales. Se reveló contra esos decretos y defendió, de esa manera, la libertad de pensar y discutir." (Ideas educativas de Simón Bolívar. Caracas, Monte Ávila Editores, 1976, pp. 130-131. Esta edición incluye el ensayo,

aquí citado, intitulado "La batalla de Bentham en Colombia". Revista de Historia de América, N° 29. México, D. F., junio de 1950).

Por consiguiente, en la evocación de la personalidad, y en los méritos académicos de mi antecesor, fundo buena parte de las consideraciones historiográficas que me permitiré someter al juicio crítico de esta respetable congregación. Me induce a expresar esas consideraciones la convicción de que es necesario llamar a reflexión sobre cuestiones que, si bien pueden sonar como cosas sabidas, no por ello su evocación deja de ser oportuna, particularmente en los momentos que vivimos todos, y ante los riesgos que corremos quienes estudiamos la Historia.

Quiero referirme al oficio, el deber social y el compromiso del historiador

Si bien salido de la curiosidad por lo ocurrido en el tiempo histórico, es decir en la imbricación de pasado, presente y futuro, -curiosidad que puede volverse vocación-, el de historiador, como todo oficio, conjuga dedicación, conocimiento, método, técnica y trabajo. No me atrevo a sugerir que la vocación precede este contingente de factores o que, en rigor, ella nace del juego de esos factores, trocado en el disfrute del conocer; aunque este disfrute llegue a parecer, al menos en ocasiones, un apenas disimulado husmear en vidas ajenas.

Pero el de historiador posee un rasgo que supera el grado de destreza alcanzable en el estricto ejercicio del oficio; al igual que supera lo acabado de su producto. Me refiero a ese íntimo y obligante compromiso nacido de la vinculación orgánica entre la obra del historiador y la Historia escrita con mayúscula. Ese vínculo determina el deber social del historiador, y justamente en la evocación de ese deber, su responsabilidad intelectual. No es fácil definir ese deber sin incurrir en simplismos. Lo que sí parece razonable es reconocer que el cumplimiento de la responsabilidad intelectual del historiador cuadra con el mandato de la búsqueda de la verdad, regida esta búsqueda por la aspiración, quizás quimérica, de objetividad.

Se asienta el compromiso, así generado, en el grado de conciencia, espontáneamente surgido, y deliberadamente asumido, -pero vuelto indeclinable

una vez hecho tal-, que alcance a formarse el historiador, de que el producto de su labor puede trascender la formación de conocimiento y que, al proyectarse en la sociedad, ese conocimiento podría adentrarse en los terrenos de la Historia misma, es decir la que se escribe con mayúscula.

Para el historiador venezolano esto sucede con arreglo a una cadena de expresiones de nuestra conciencia colectiva que cabe enunciar como un ciclo originado a partir de la conciencia histórica. Ésta es fundamento primario de la conciencia nacional, que condiciona la conciencia social. A su vez, la conciencia social es soporte de la conciencia política, que al traducirse en posturas, actitudes o acciones, refluye hacia la conciencia histórica, nutriéndola con la comprensión, la interpretación y la explicación de hechos y acontecimientos, e instándola a cumplir esa tarea..

El ciclo así esbozado subyace en la comprensión de que vivimos la Historia, en el sentido de personificarla y de que, con ello, la hacemos, en función del pensamiento histórico resultante del conocimiento de esa Historia, vuelto creencias socialmente cultivadas y políticamente activadas. Me permito apuntar, de seguidas, que son esas creencias las que abonan nuestro vivir la Historia; como también que en la gestación de esas creencias se acumulan las diversas modalidades del conocimiento histórico, conjugándose las tradicionales, -que incluyen desde el relato oral hasta las representaciones artísticas y los contenidos escolares-, y las resultantes del ejercicio del oficio de historiador.

Me atrevo a sugerir, por consiguiente, que si bien los pueblos no son su historia, sí se hacen de la manera como vivan una Historia que, en rigor, nunca es propiamente suya. Quizás por ello sea posible distinguir dos actitudes básicas de los pueblos ante la Historia. Una es la de los pueblos que se postran ante la que tienen por su historia, venerándola deslumbrados y esperando de ella orientaciones para tiempos cada día más cargados de nuevo acontecer; o de nuevos significados de viejos acontecimientos; como se ha pretendido, en nuestro caso, que nos dejemos arrullar con la falaz certidumbre de que *seremos, porque hemos sido*. La otra actitud es la de pueblos para los cuales la que consideran su historia es el hacer cotidiano, marcado por la determinación de cultivar, perfeccionándolo, el resultado de ese hacer, y extrayendo de la conciencia histórica la determinación de pagar con su esfuerzo, y hasta con su sacrificio, su pasaje a la plena realización de los valores históricamente generados y propuestos. Esos pueblos, agraciados por la

razón histórica, han llegado a comprender que radica más heroísmo en el vivir la patria que en el morir por ella. Hay entre ambos extremos de lo heroico la distancia que separa lo cotidiano de lo fugaz, y digo esto último a pesar de que los historiadores, presas de una suerte de extravío profesional, podamos caer en la tentación de sentirnos administradores de la inmortalidad.

De lo que acabo de decir puede desprenderse una primera conclusión, que estimo razonablemente comprobada. Ésta es que el más eficaz medio para procurar la sumisión de un pueblo ha sido el debilitamiento, a veces llevado hasta la demolición, de su conciencia histórica. Valiéndose de la desestimación de los nutrientes de esa conciencia, y del ventajista adoctrinamiento, los opresores de pueblos han reincidido en el montaje de dispositivos tendientes a la esclavización de la conciencia histórica. El siglo XX nos dejó las más logradas demostraciones de esta perversa manipulación de la conciencia histórica. Desde el falangismo ultramontano hasta el genocidio en versión Pol Pot, pasando por las demás derivaciones autocráticas del socialismo, fenecidas y actuales; pareciera que, en consecuencia, se han ensayado todas las fórmulas destinadas a zapar la conciencia histórica de pueblos.

El siglo XX nos ha entregado también pruebas y demostraciones de que, enfrentados a tales amenazas, genuinos intelectuales, tanto historiadores como representativos de otras áreas del conocimiento y la creatividad, amén de destacados políticos, persuadidos de que la conciencia histórica es una dimensión sustantiva de la condición humana, -y digo *es* porque la enseñanza brindada por su actitud perdura-, asumieron la reivindicación de los fueros de esa conciencia, y sentaron ejemplo de cumplimiento, en su campo, del que es en el historiador un deber social, resultante del ejercicio cabal de su oficio.

Hechas estas consideraciones, resulta obvio que el deber social del historiador no tiene ni puede tener un sentido único, y que su cumplimiento, al inscribirse en el acontecer histórico mismo, adquiere connotaciones diversas y hasta eventualmente contrapuestas. No obstante, es posible considerar que hay una piedra de toque para la valoración de las modalidades de cumplimiento de ese deber. Ella está constituida por los requisitos del oficio de historiador, ya enunciados como las instancias de su formación y ejercicio, y

por la procuración de la verdad, subordinada esta procuración al propósito de objetividad. Sólo cabe un absoluto en esta materia: queda descartada toda proposición de conocimiento histórico que ignore o vulnere los requisitos del oficio de historiador, o que substituye la intencionalidad, -o algo aún menos respetable-, a la procuración de la verdad regida por el propósito de objetividad.

Lo dicho me lleva a sostener que el ejercicio del historiador, visto en la perspectiva del oficio, -de lo que vengo tratando-, supone un acto de honestidad intelectual que consiste en dejar expresamente sentada, a todo riesgo, la posición no sólo científica sino también ideológica de quien propone algún conocimiento histórico. Persuadido debe estar el historiador de que toda proposición de conocimiento es esencialmente controvertible, por lo que su validez nace sometida al resultado del ejercicio expedito de la libertad de pensamiento y de expresión en que se basa la socialización del espíritu crítico. ¿Vale esto sugerir que el desarrollo del conocimiento histórico es incompatible con ese adefesio que denominan *La historia oficial*?

Intentaré predicar con el ejemplo

Consecuente con estas palabras, me declaro un historiador de oficio comprometido en el cumplimiento de mi deber social de historiador, desempeñándome en un marco ideológico que hago explícito: soy producto del clima de libertad intelectual auspiciado a partir de la instauración de la Primera República liberal democrática, en el lapso 1945-1948; clima consolidado, desde el inicio de la Segunda República liberal democrática, mediante la consagración legal de la Autonomía universitaria, gracias a la cual pude practicar, en la Universidad Central de Venezuela, la autonomía de pensamiento y la libertad intelectual que me permitieron culminar la integración crítica de postulados marxistas en mi formación, así como la consecuencial y breve militancia activa.

Formado consubstancialmente con esos valores, propios de la libertad intelectual, a ellos procuro servir, aportándoles una visión del presente que entiendo derivar su potencialidad del cultivo profesional de la Historia de la historiografía, en especial de la venezolana. Este cultivo se ha basado en el celoso respeto de los requerimientos del oficio; y se ha inspirado en una concepción científica de la Historia que intenta responder a los requerimientos del

espíritu crítico, practicado como catalizador de la formación y el desarrollo del sentido histórico. Este instrumental técnico, metódico y teórico, debería bastar para preservarme de incurrir en tergiversaciones intencionales del conocimiento histórico. Al igual que de toda desviación doctrinaria. De no lograrlo, espero con humildad científica que la crítica desvele la eventual fragilidad de mi visión de la Historia.

He dicho mi visión de la Historia, y no la de una parcela o porción de ella. Creo que debo aportar, a este respecto, alguna precisión. El hecho es que partiendo del prolongado y constante estudio de la Historia de Venezuela, por razones profesionales, y gracias al patrocinio global de la Universidad Central de Venezuela, UNESCO y la Universidad Andina Simón Bolívar, he tenido el privilegio de poder complementar ese estudio con el de la totalidad de la América Latina y Caribeña, al igual que de la América andina; y lo que es más, de compaginar la experiencia así adquirida con el conocimiento y el sentido histórico que me ha sido dado alcanzar, del desarrollo científico y cultural de la Humanidad*. De manera que cuando digo mi visión y mi sentido de la Historia, quiero significar los de la historia de Venezuela, ubicándola en el amplio contexto al que me he referido; procedimiento intelectual que se esfuerza por corresponderse con la concepción de la unidad de la Historia.

Cabe añadir otra consideración, que creo referida también al deber social del historiador y al cumplimiento del compromiso que ese deber implica. Mi modo de asumir tal deber, y de cumplir tan obligante compromiso, se inscribe en una comprensión del tiempo histórico en el cual pasado, presente y futuro no admiten cortes cronológicos estrictos, y se revelan como un contraste dialéctico de continuidad y ruptura, en el cual es posible discernir, mediando el ejercicio del espíritu crítico y el cultivo del sentido histórico, líneas evolutivas, de prolongada vigencia, que requieren, para que se les pueda percibir con acierto, tener conciencia de que son esencialmente antitéticos lo histórico y la noción de inmutabilidad.

Abundaré un poco en estas últimas consideraciones, pues ellas deberán abonar mi marcha hacia la comprensión histórica del presente venezolano,

* Doy cuenta de esto en mi obra intitulada *Mis historias. Contribución a historias colectivas*. Caracas, Fondo Editorial de Humanidades y Educación, UCV, 2006.

objetivo que no sólo me es necesario, sino que estimo socialmente urgente, honrando mi declarada convicción acerca del deber social del historiador.

Mas, antes de seguir debo hacer una advertencia. Ésta consiste en que algunos de los conceptos que expondré, los referiré a fuentes. Los que no apoye explícitamente es muy probable que respondan a la presencia, indeterminada, de autores o de maestros que me han asistido en mi formación de historiador, pero cuya inestimable contribución no podría identificar ahora. Por consiguiente, a ellos, nombrados o no, vaya mi sentido homenaje.

Sobre las consecuencias, metódicas y conceptuales, de concebir el tiempo histórico como el juego de la continuidad y la ruptura

Lo que llevo dicho sobre la concepción del curso de la Historia como el tiempo histórico, el cual revela un contraste dialéctico de continuidad y ruptura, obliga a intentar comprender esta dinámica, esencialmente compleja, en función de una interrogante básica: ¿Qué fuerzas gobiernan esa dialéctica de continuidad y ruptura? Me parece posible enunciar dos, que no pretenden ser únicas, puesto que de fuerzas históricas se trata, que pesan en la comprensión del presente histórico de la sociedad venezolana. En éste advierto la última etapa de la ancestral lucha entre la divinización del poder público, -que ha sido tenaz persistencia de nuestro pasado cristiano-monárquico, prorrogado en la República liberal autocrática-, y la humanización de ese mismo poder, -que ha sido empeño no menos tenaz de la conciencia republicana, todavía vulnerable en su expresión como la República liberal democrática-, hoy asediada.

La primera de esas fuerzas, por citarlas en sucesión histórico-historiográfica, es la voluntad divina. Esta concepción, que de ninguna manera es exclusiva de la fe cristiana, fue magistralmente expresada por Blas Joseph Terrero en su *Theatro de Venezuela y Caracas*, al iniciar la “Era segunda, militar y política”, de su obra, con frases cuya elocuencia hace sobrar todo comentario: “El año de 5492, de la creación del mundo”...”es el que tenía Dios previsto para comenzar a iluminar este nuevo mundo con la antorcha de su fe, trayéndolo al conocimiento de su santísimo Nombre por uno de aquellos designios graciosos de su adorable Providencia.” Me atrevo a pensar que el autor de estas hermosas

frases habría podido condensarlas en una no menos elocuente: “Quiso Dios que Cristóbal Colón descubriese América”...

Parece obvio que en el extremo opuesto de esta explicación de la Historia no podía estar sino el hombre, cualquiera que pudiesen ser la naturaleza y el grado de la autonomía que hubiese alcanzado respecto de la voluntad divina; o del grado en que esta supeditación hubiese sido transferida a la Historia misma, también concebida y admitida como reguladora, poco menos que ineludible, de la autonomía de la voluntad humana. Porque, cabe preguntarse, ¿No son el asumir o el rechazar esa eficacia reguladora, ejercida por la Historia, muestras de la admisión de su presencia? ¿Y no es esta comprobación el admitir que aún siendo obra de los hombres, la Historia se emancipa de su hechura, al poder condicionar la existencia de su hacedor?

Mas, si los motivos, los modos y los procedimientos de la voluntad divina son por definición inescrutables, los de los hombres son percibidos por la Historia mediante la comprensión crítica de sus acciones, ya sea que éstas se manifiesten como hechos y acontecimientos, ya sea que lo hagan en forma del pensamiento comunicado. En consecuencia, el hombre entronizado como factor de la dinámica de la Historia abrió la trajinada palestra conceptual en la cual han venido batiéndose el individuo y la colectividad, confrontación que vivió su apogeo en el siglo XX, como consecuencia de la incorporación al contingente de las revoluciones, -si bien esto ocurrió de manera que pronto mostró ser más conceptual que real-, de las revolución rusa de 1917. En medio del apogeo del totalitarismo en Europa y en una porción del Extremo Oriente, apareció en la Francia de 1941 una obra intitulada *Páginas inmortales de Descartes, escogidas y explicadas por Paul Valery*, en la que este último dice:

“El individuo se convierte en un problema de nuestra época. La jerarquía del espíritu se convierte en una dificultad del presente, cuando ocurre una especie de crepúsculo de los semi-dioses, es decir de esos hombre, diseminados en el tiempo y en la tierra, a quienes debemos lo esencial de los que denominamos cultura, saber y civilización”.

Me temo que, vista desde el umbral del siglo XXI, y a la luz de la fase actual del proceso de globalización eurooccidental, iniciado con el descubrimiento de América, la confrontación entre lo individual y lo colectivo, muy de un gusto de raigambre decimonónica, requiere algunos ajustes conceptuales, o, si se quiere, un cierto grado de actualización que parece inclinarse

a favor de lo dicho por Paul Valery, si hacemos valer el legado de figuras históricas como la del Mahatma Gandhi, Franklin Delano Roosevelt, Rómulo Betancourt, Mihail Gorbachev, Juan Pablo II y Nelson Mandela, arquitectos todos de sociedades.

Sobre el lugar del hombre entre Dios y la Historia

Al enmarcar lo histórico entre la voluntad divina y la voluntad del individuo, con el fin de acercarme a la comprensión del presente histórico de la sociedad venezolana, pareciera que, sin proponérmelo repito a Carl Jung al decir que Dios y Clío comparten el espíritu del hombre, pues ambos satisfacen, aunque en planos formalmente diferentes,- pero intrínsecamente inseparables-, necesidades sin cuya satisfacción el hombre perdería el rasgo esencial de humanidad, que no sólo lo distingue de los demás seres vivos, sino que lo hace ser quien es como individuo. Me refiero a los requisitos de *procedencia*, *pertenencia* y *permanencia*, eje en torno al cual se forman, conjugándose, la individualidad personal y los condicionamientos de la conciencia colectiva.

La religión, que podría ser vista como la materialización mística del Dios puramente espiritual, abre al hombre la oportunidad de saber que su esencia procede de Dios, que pertenece a Dios y que permanecerá en Él, una vez completado su tránsito por la vida terrenal. De allí nace el sentimiento de vivir eternamente, sin comienzo ni fin. Es decir, sin tiempo; no fuera de él ni contra él, sino sin él. Escapando, sin embargo, de la angustiada soledad, al punto de que, para el creyente, valdría, esencialmente, el decirse “yo y mi Dios”, como decirse “mi Dios y yo”. Clío, que es la espiritualización de la materialidad del hombre, responde a las mismas necesidades. Inserta al hombre en una dimensión en la cual la transitoriedad del individuo está asociada con una aspiración de eternidad realizable en el seno del tiempo histórico. Clío autoriza al hombre a indagar sobre el origen de su materialidad, su intelectualidad y su espiritualidad, entendidas como los hechos sociales que son. Satisface así el requisito de procedencia; da el sentido de pertenencia al erradicar el más temible de los temores, que es la soledad vivencial; y brinda tranquilidad con una certidumbre de perdurabilidad que va más allá de la existencia individual, al reintegrarse a la totalidad social de la que esa existencia procedió y a la que nunca deja de pertenecer.

Apartando la discusión acerca de si Dios creó al Hombre o si el Hombre creó a Dios, cabe registrar el resultado de la más trascendente revolución realizada por el hombre desde la domesticación del fuego. Se trata de la concepción y formulación de la noción de Humanidad. Al englobar esencialmente a todos los seres humanos, sobrepasando cualesquiera diferencias, el concepto de Humanidad responde a los requerimientos humanos de procedencia, pertenencia y permanencia, en una forma que integra las respuestas, tanto materiales, como intelectuales y espirituales, a esos requerimientos.

A lo que debería de seguir una pregunta sobrecogedora: ¿La vivencia genuina del concepto de Humanidad podría llevar a hacer prescindible el concepto de Dios?

La consideración de las posibles respuestas a esta pregunta me induce a suponer que, por ejemplo, el humanista Erasmo se arbitró una salida elusiva de esta comprometedora interrogante, al contribuir a divinizar el espíritu humano, con el fin solapado de humanizar a su Dios.

Quizás no resulte demasiado aventurado postular la posibilidad de que Dios sea, para los no creyentes al igual que para los creyentes, el destinatario de preguntas cuyas respuestas preceden a su formulación, en el sentido de que quienes las alientan buscan, en realidad, más amparo para el espíritu atribulado que mensajes de alguna manera dirigidos al intelecto. Nada de nuevo ni de sorprendente hay en esto: hasta el más rudimentario cura aconseja, a quienes interrogan a Dios, buscar la respuesta en su propia conciencia.

Me pregunto si no sucede lo mismo con la actitud del hombre común ante la Historia. Me refiero, por supuesto, al hombre común, no al historiador; pues para que este último llegue a ser reconocido como tal, incluso por sí mismo, debe dar pruebas de que ha dejado de ser hombre común. Obviamente, en el núcleo de un historiador sigue estando el hombre común, sólo que comprimido por el efecto combinado de un proceso de autodespojo de rasgos propios del hombre común, acompañado de otro proceso, de adquisición de atributos que resultan de la adopción de hábitos de pensamiento y de técnicas de comprensión que agudizan, complementan o francamente reemplazan los rasgos del hombre común; los cuales ven reducido el espacio que ocupan hasta tener que agazaparse en algún rincón de la conciencia. La consecuencia de esta reducción es que la conciencia deberá permanecer abierta a la comprensión de que por muy alta que sea la barrera levantada por la

racionalidad crítica, la credulidad siempre hallará el modo o la vía para trasponerla.

En la procedencia del individuo confluyen corrientes biológicas, sociales y culturales. En rigor bastaría decir que la procedencia es una categoría histórica, pues los afluentes mencionados se combinan en la historicidad esencial e insoslayable del individuo, cuyo proceso orgánico, visto de esa manera, prescindiría del componente divino. ¿Soy la que creo mi Historia? De ser esto cierto resultaría que es la historicidad del hombre lo que lo conforma como Humanidad, y por lo mismo lo hace portador y merecedor de valores. Se comprendería, igualmente, por qué el proceso de esclavización de los hombres ha arrancado siempre del desconocimiento o la negación de su historicidad.

En consecuencia, si es Clío la que hace al Hombre, éste dejará de ser parte de la Humanidad al ser despojado de la que es su procedencia, aunque conserve creencias que también resultan de religiones que son privadas, igualmente, de historicidad; y por lo mismo desdeñadas como mera superstición. Hace un buen número de años visisté, en la entonces Leningrado, la desacralizada Catedral de Nuestra Señora de Kazán, convertida en una suerte de museo de la lucha contra la superstición y la credulidad.

Históricamente sabemos que bien se cuidaban los esclavistas de que sus esclavos pudieran conservar el sentido de pertenencia. Por eso velaban por que viniesen de tierras y sociedades diferentes. Pero los esclavizadores, de hombres y de pueblos, -y no puedo menos que angustiarme por la recurrencia de sus remedos sudoideológicos e imitadores alucinados-, pagan tributo a la vana pretensión de rescatarlos de la que consideran idolatría implícita en su acervo religioso. Bien han comprendido que privar a sus esclavizados de su divinidad, llámese Dios o llámese Historia, es también deshumanizarlos. De allí la preocupación, más que justificada, cuando vemos tendencias actuales. -inclusive apoyadas por sedicentes historiadores-, de despojar a un pueblo de su activo histórico, para pretender situar su pertenencia en un pasivo político circunstancial.

Una vez despojados de procedencia y de pertenencia, sólo les restaría a los esclavizados la posibilidad de aspirar a la permanencia acogiéndose a un dios que no les es propio sino ajeno, y el cual, en el mejor de los casos, deben

apropiárselo, aunque forzosamente. Pero, se pregunta el historiador, ¿Es posible tener Dios sin tener una religión? En la ocurrencia, ¿Podría valer el tener una creencia? ¿Es posible que lo así dicho para Dios valga para la Historia?

Ya es sentencia acuñada la de que el hombre es él mismo y su circunstancia. Cierta escuela de pensamiento ha decidido entender por circunstancia lo que denomina *las condiciones objetivas*, y pareciera que éstas componen una panoplia que incluye desde las condiciones materiales de la existencia hasta las elaboraciones espirituales. Sólo que el requisito de objetividad ve acentuarse la pérdida de su atingencia a medida que nos alejamos de lo material para adentrarnos en lo espiritual. De seguir por este camino probablemente llegaríamos a concluir que, en definitiva, la objetividad se vuelve creencia, en el sentido de que contrasta la firmeza con que se le asume con la dificultad de su comprobación. De modo que nos refugiaremos en la admisión de que el hombre es él mismo y sus creencias, entendiendo estas últimas como aquellas verdades que se asumen sin someterlas a comprobación.

Podríamos entonces concluir que Dios es la creencia por excelencia, comparada con la cual la verdad sería una suerte de deidad de reemplazo. Pero, ¿qué quedaría, entonces para la verdad histórica? Ella es, por imperativo metódico, resultado de los procedimientos críticos de comprobación. Es decir, bastante menos que lo requerido para basar la creencia fundamental, y, sin embargo, no parece que el resultado pueda pretender ser algo más que *la verdad histórica*; es decir, el de una verdad que confiesa su humildad hecha de aproximación, siempre cuestionable, a la verdad misma, que permanecería inasible.

Debe ser por todo esto que los historiadores nos consolamos diciéndonos que el objetivo de nuestros afanes no es hallar la verdad sino alejar la falsedad lo más que nos sea posible. Gran desventaja, por cierto, en comparación con el creyente, que si bien transcurre en la vida procurando llegar a Dios, muere con la certidumbre de que éste lo está aguardando. Otro es el desenlace para quien percibe la Historia como la realización de las aspiraciones de procedencia, pertenencia y permanencia. Para ese hombre, histórico, quedaría, en lugar de la esperanza puesta en su destino, la certidumbre de poder labrar ese destino.

Sobre la presencia activa del hombre en una Historia concebida como un proceso de continuidad y ruptura

La presencia activa del hombre en una Historia concebida como un proceso de continuidad y ruptura es resultado de sus acciones, y en éstas no cabe diferenciar en materia de la naturaleza de los escenarios en que se realizan, ni en la de la manera como lo hacen, pues tanto puede ser acción lo actuado como lo pensado-comunicado. No obstante, el significado de tales acciones es perceptible, sobre todo, en función de su alcance, proyección y perdurabilidad o trascendencia, y éstos han sido objeto de formulaciones y reformulaciones que han atendido, sobre todo, a los más altos grados alcanzados en esos campos. Me permitiré puntualizar.

Si bien en la concepción materialista de la historia, la naturaleza y el ordenamiento de las fuerzas productivas, son los fundamentos de la estructura social; y su dinámica, expresada en la lucha de clases, es el motor de la Historia, conviene tener en cuenta que la marcha de esa Historia, durante ya casi dos siglos, fue dominada por la Revolución industrial, reconocida como primordial en el desencadenamiento de los procesos de cambio que hoy vivimos, o que, según algunos criterios extraviados, todavía padecemos. Ahora bien, si el artesano, y nada más individual que el artesano, estuvo en el origen de la representación fundamental de la correlación de las fuerzas productivas, en nuestro tiempo son los semidioses de que habla Paul Valéry quienes no ya transforman esas fuerzas sino las crean, de manera tal que parecieran quedar la marcha sustantiva de la Humanidad bajo el signo de los Johannes Gutenberg, los hermanos Lumière, los Thomas Edison, los Albert Einstein y los Bill Gates.

No demanda un gran esfuerzo mental el percibir que, en semejante evolución de las fuerzas productivas, están involucrados factores no tangibles y sin embargo no menos consistentes. Me refiero a los valores, las ideas y las creencias. Las enuncio separadamente, a sabiendas de la relación orgánica que guardan entre sí, porque la historiografía suele requerirlo para mejor calibrar las acciones de los hombres, no ya en tanto acontecimientos, como en cuanto a motivaciones, propósitos y finalidades, es decir como potencias intangibles sólo separables de tales acontecimientos de manera analítica.

Por otra parte, no parece que requiera amplia comprobación la significación de los valores en el curso de la Historia, y por valores no entiendo

sólo aquellos denominados altos, que tienen que ver, por ejemplo, con la Patria y la Libertad. Tengo presentes, igualmente, aquellos que rigen la conducta ordinaria del hombre, correspondiendo a su esfuerzo por alejarse de la animalidad, y que gobiernan lo elemental de su existencia. Como ilustración de este aserto me permitiré citar palabras de Andrew Mwenda, participante en el congreso global 2007 de Tecnología, Educación y Diseño Global (TED), celebrado en Arusha, Tanzania, citadas por la prensa el 23 de junio: ...”sostuvo que 500.000 millones de dólares de asistencia internacional en más de 50 años no habían logrado nada en África y que la persistencia de la pobreza del continente se debía en parte a la ayuda. La caridad, dijo, ‘había distorsionado la estructura del incentivo’ y llevado a los africanos más brillantes a trabajar para gobiernos corruptos”... (*El Nacional*, en encarte de *The New York Times*). No creo necesario citar la diversidad de programas o misiones que han encubierto este efecto perverso de una caridad actuante como factor de continuidad de aquello con lo que, declarativamente, se pretendía romper. En el otro polo de esta perversión de los valores cabría citar la doctrina rooseveltiana de “Las Cuatro libertades”, que legitimó la lucha contra el fascismo, en sus modalidades más agresivas, y que subyace en la persistente determinación democrática de los pueblos, particularmente el japonés, el indio y el venezolano, representativos de las tres grandes democracias surgidas al calor de la Segunda Guerra mundial. Séame permitido invitarlos a recordar las palabras del Presidente Franklin Delano Roosevelt, que estimo siempre pertinentes y jamás inoportunas:

“En los días futuros, queremos que haya seguridad y ansiamos un mundo basado sobre cuatro libertades humanas esenciales.

La primera, es la libertad de palabra y expresión, en todas partes del mundo.

“La segunda, es la libertad de cada persona para adorar a su Dios a su propia manera, en todas partes del mundo.

“La tercera, estar libres de necesidades, que traducido en términos mundiales significa convenios económicos que aseguren a cada nación una vida saludable y pacífica para sus habitantes, en todas partes del mundo.

“La cuarta, estar libres del temor, que traducido en términos mundiales significa reducir mundialmente los armamentos en tal grado y en forma tan

completa, que ninguna nación pueda cometer un acto de agresión física contra algún vecino, en cualquier parte del mundo.”

Quiere la historiografía tradicional que nada supere la eficacia de las ideas como factor histórico del proceso de continuidad y ruptura. De esta valoración se ha alimentado el juego de las influencias y, lo que es más, ha nacido el concepto de revolución como la suprema expresión de la ruptura en el seno de la continuidad histórica. En alguna ocasión he sostenido que el siglo XX fue un gran cementerio de revoluciones, pues en su transcurso fueron ensayados los más radicales modelos revolucionarios, sobresaliendo las criminales derivaciones del humanismo marxista decimonónico, y de su entorno socialista. No había ensayado la Humanidad una pretensión de ruptura, de tal magnitud, desde los tiempos en que el predicador de Galilea quiso hacer el hombre nuevo. Al asumir el socialismo el relevo de esta pretensión, hizo suya la aspiración de llevar a la aparición de ese hombre nuevo, concebido originalmente como la de un ser libre, es decir liberado de toda servidumbre, ya proviniese del trabajo, ya proviniese de los credos. Recientemente el escritor portugués José Saramago sacó el balance de este esfuerzo liberador del hombre cuando al preguntársele sobre el resurgir de gobiernos de esa tendencia en América Latina, dejó entrever sus reservas. “Hay una tendencia autoritaria en muchos. De los ideales no queda nada”... (*El Nacional*, 10 de julio de 2007).

Dicho esto sobre las ideas y su doble juego en el proceso de continuidad y ruptura, y sobre su incómoda tendencia a hacer de las revoluciones dolorosos, costosos y largos caminos hacia el pasado, le toca jugar a las creencias. Subrayo el que éstas han sido definidas como verdades asumidas sin necesidad de comprobación; casi, diría yo, como agentes ciegos que trajinarían en el proceso de continuidad y ruptura de manera tan compleja, y hasta contradictoria, que me han llevado a pensar lo que quizás sea un exabrupto. Esto es, que la razón de la Historia no es la razón de la Razón, y que por eso nada puede desorientar tanto la comprensión de la historia como el hacerla tributaria del sentido común. Pareciera que los pueblos se mueven históricamente, en obediencia a creencias, más que a valores y menos aún a ideas. Simón Bolívar ilustró muy bien este punto en el denominado “Manifiesto de Carúpano”, de 1814, al justificar su derrota atribuyéndola al fanatismo sembrado en el pueblo por el poder monárquico colonial. En cierta ocasión, en Sao Paulo, dije haber visitado el cementerio brasileño a la vera del Monasterio de Mon-

te Casino, y me pregunté qué hacían los brasileños allí. De pie, un venerable anciano, seguramente veterano, exclamó, conmovido, que los allí yacentes habían defendido la Patria. Mientras lo escuchaba, respetuosamente, no pude menos que evocar la cuestionable figura de Getulio Vargas. En otra ocasión, en charla con un amigo historiador soviético, le pregunté sobre qué defendían los millones de muertos en lucha contra el nazi-fascismo. Me respondió: la Patria, pero de inmediato añadió: Rusia; y no pude menos que pensar en los siberianos, tártaros, y otros centroasiáticos y caucásicos que defendieron la Patria bajo la égida de José Stalin. Aunque quizás se deba, en esto último, acoger la siguiente aseveración de Rómulo Betancourt: “La II Guerra Mundial ha servido para revelar que la Revolución Rusa, lejos de destruir el sentimiento patriótico de ese gran pueblo eslavo, le ha dado matices más hondamente afirmativos”... (Rómulo Betancourt, “Aniversario de la Revolución Rusa”. Caracas, 7 de noviembre de 1944. *Antología política*, volumen tercero, p. 288).

Pero Ustedes se preguntarán adónde me llevará todo lo dicho. Ensayaré una respuesta:

Sobre el compromiso planteado por la comprensión del presente histórico venezolano

Debo aclarar de inmediato que no advierto distanciamiento, y menos aún contradicción, entre lo precedentemente dicho y la denominación de esta parte de mi disertación. Y creo que ello se debe a que las características del tiempo histórico que he apuntado, -no sé si igualmente vigentes para todas las sociedades-, son todavía más perceptibles en sociedades cuya existencia se inscribe en el corto período histórico, como sucede con la sociedad implantada venezolana, denominada criolla, si bien durante la segunda mitad del siglo XX se convirtió en una sociedad de inmigración en la que lo criollo, en sentido tradicional, se ha vuelto un componente, aunque todavía predominante, de un todo social en vías de fraguado. Entramos de esta manera, en una nueva etapa de la prolongada definición de la conciencia nacional venezolana, que está sometida hoy a la abrupta y forzada incorporación de remanentes de nociones históricamente agotadas.

Quizás contribuya a la comprensión de esta situación una exploración, necesariamente sumaria, de la relación de naturaleza orgánica, existente en

la conciencia histórica, entre sus expresiones como conciencia nacional, como conciencia social y como conciencia política. Esta relación tiene fundamentos claramente discernibles, que parten de la condición histórica del venezolano del presente. Permítanme enunciar, sucintamente, las etapas correspondientes.

Abolida definitivamente la monarquía gracias al reconocimiento por la Corona, en 1845, de la que seguía considerando una provincia separatista, fue necesario relegitimar el Poder público. Culminaba la tarea política iniciada en 1811, replanteada en 1821 al constituirse la República de Colombia, moderna y liberal, y reanudada en 1830 al constituirse el Estado de Venezuela. Los dictados de la *historia patria* nublan la trascendencia de este trance. Este trance consistió en que al perfeccionarse la abolición de la monarquía, el Poder público quedó privado de su incuestionable legitimidad de procedencia divina. Al adoptar la forma republicana, el poder público sustituto del monárquico tuvo que reemplazar la legitimidad de naturaleza divina, y al efecto adoptó una forma histórica, la nación, como fuente de su legitimidad. Se dio así un juego de abstracciones en el cual se barajaron, y combinaron, la noción de Dios como invocación, la de pueblo como fuente de la soberanía y la de nación como la expresión eficaz de la raigal soberanía popular. Si se quiere, y dicho sea en una fórmula un tanto brutal, la potestad divina, -entendido Dios como una realidad-abstracción-, fue transferida al pueblo, igualmente una realidad-abstracción, y expresada por éste por medio de una también realidad-abstracción, es decir la nación.

Pero la nación, al no ser un producto natural, ni tampoco una resultante de la voluntad divina, no podía ser sino de naturaleza histórica, y al expresarse como conciencia nacional ofreció una nueva respuesta a las necesidades esenciales de procedencia, de pertenencia y de permanencia, hasta entonces satisfechas también por la voluntad divina. La consideración de esta dialéctica quizás nos ayude a comprender por qué la fase inicial del nacimiento de la conciencia nacional del venezolano, cuyo acto embrionario, -la repatriación de los restos de Simón Bolívar-, se realizó apenas tres años antes del perfeccionamiento de la abolición de la monarquía y del reconocimiento de la Independencia, ha estado representado por el nacimiento del culto a Bolívar, que ha servido de puente entre la conciencia nacional en proceso de formación y el carácter divino del absolutismo monárquico: Simón Bolívar fue convertido, por una sociedad huérfana de su Rey, en el semi-dios legiti-

mador del autoritarismo. En este tránsito de origen semi-divino vivió de manera única el venezolano republicano hasta que, a partir de 1936, cobró nuevo impulso la formación de la conciencia nacional genuinamente republicana, cargada de nuevas respuestas a las necesidades de procedencia, pertenencia y permanencia. Tomó cuerpo, de esta manera, la satisfacción, ahora por la Historia, de esas esenciales necesidades, cristalizadas en el hecho social, el cual es, por ello, el fundamento de la conciencia social, expresada en la fórmulas “vengo de”, “pertenezco a” o “soy de”, y estoy “destinado a ser”, confluyendo todas las respuestas en el ser venezolano.

Se generó así una creencia, poderosa, que suscita interrogantes socio-individuales sobre el papel desempeñado por el individuo en la sociedad, y que por lo mismo condiciona, si es que no determina, las responsabilidades y las expectativas cuya realización informan la conciencia social y se expresan en la conciencia política, generada en la relación individuo, grupo, clase, sociedad.

Este compuesto, o cadena, de las manifestaciones de la historicidad del venezolano, sólo puede desagregarse analíticamente. Como corresponde a toda relación orgánica, es esta última la que define no sólo la cadena sino también cada uno de sus eslabones. En consecuencia, y atendiendo a criterios también históricos, como lo son las circunstancias de utilidad, oportunidad y necesidad, se puede subrayar el valor de alguno de los eslabones, pero nunca desprenderlo de la cadena sin destruir la cadena misma y sin desvirtuar el eslabón desprendido.

También en estas consideraciones se funda el deber social del historiador, cuyo cumplimiento es, por lo mismo, consubstancial con la práctica de su oficio, en momentos en que vivimos un paréntesis en un desarrollo democrático que no detienen ni decretos, ni exaltación de valores creados *ad-hoc*, ni la anulación de otros a voluntad circunstancial, y sobre todo, que no podrá ser arrancado de la tierra civil donde está sembrado, simplemente intentando la torpeza de ocultar cuarenta años de historia democrática nacional.

A quienes debo y a quienes nunca dejaré de deber

No puedo terminar sin dejar expresa constancia de mi agradecimiento a mis venerados y recordados maestros, cuyos nombres invoco íntimamente.

A mi esposa, Alida Marqués de Carrera y a mis hijas Gabriela y Daniela, cuya amorosa guarda ha sido clave en mi desarrollo profesional. A J. M. Siso Martínez y Angelina Lemmo Brando, quienes facilitaron y alentaron ese desarrollo. A quienes me honraron siendo mis alumnos, presentes en este recinto como académicos o como invitados; y a los ausentes circunstancial o definitivamente, cuyo estímulo creativo ha sido, sigue siendo y será por siempre clave de mi labor de docente y de investigador. Vaya igualmente mi recuerdo a mis padres, que me dieron sentido de la historia y de responsabilidad intelectual; y a mis hermanos, Gustavo Luis y Mercedes María, cuyos aportes críticos e intelectuales han sido constantes e invaluableles.

* * * *

Ciudadano Director de la Academia Nacional de la Historia.

Honorables individuos de número y correspondientes de la Academia Nacional de la Historia.

Me permito tocar a la puerta de esta Institución con el ánimo dispuesto a contribuir, en la medida de mis fuerzas, al cumplimiento de sus cometidos estatutarios.

Señoras y señores, amigos todos, a su benevolencia encomiendo estas palabras.

Caracas, octubre de 2007.